

EL

REPORTAJE GRAFICO EXCLUSIVO
DE ELLIOTT ERWITT,
de Magnum

TEMPERAMENTO, VIOLENCIA, RITMO Y COLOR EN CUATRO DIAS FRENETICOS

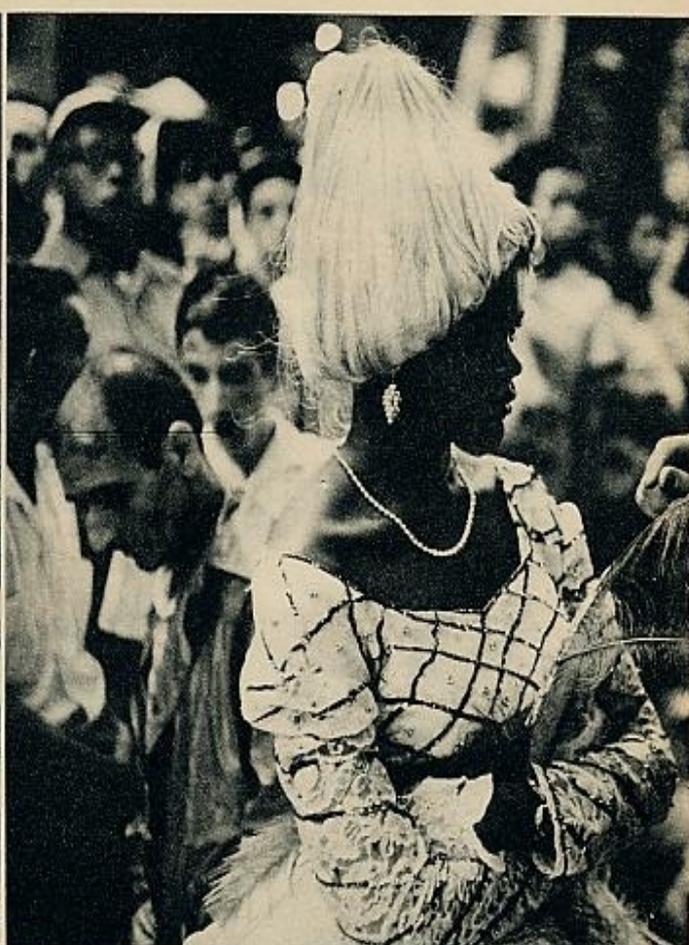
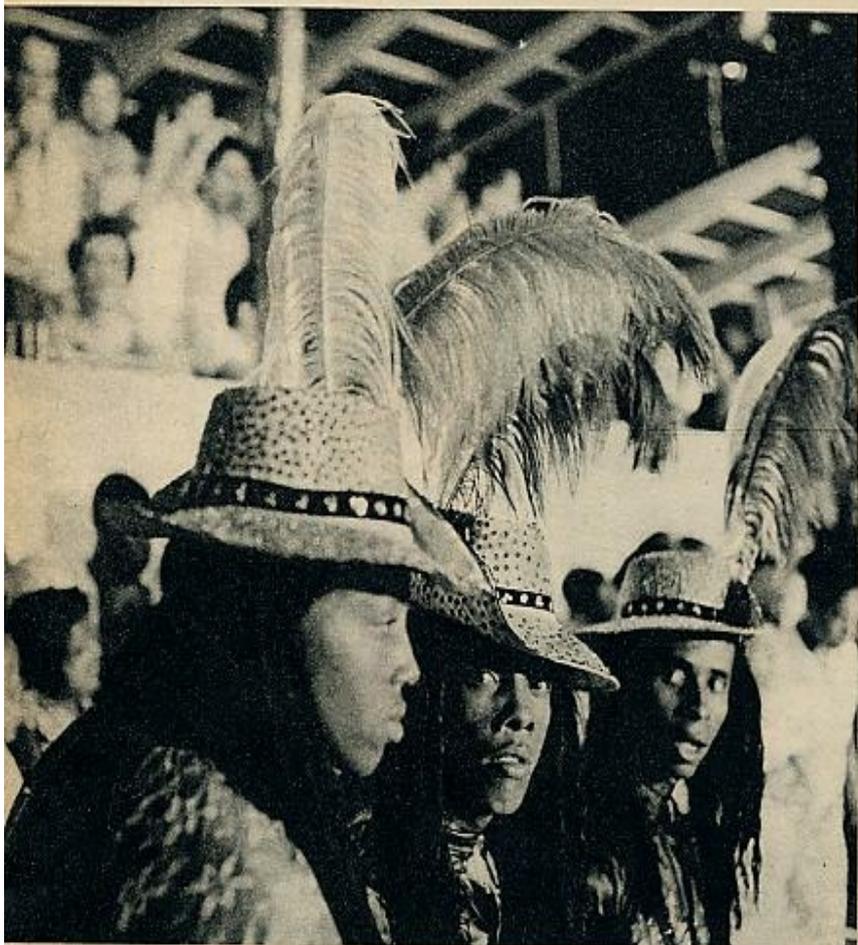
INUTIL recurrir, para entenderlo, a la ayuda de nuestras centenarias tradiciones, tan significativas en su expresionismo, en su curiosa lección moral y en su simbólico revestimiento: desde «don Carnaval y doña Cuaresma», allá en la declinante pero todavía ascética Edad Media castellana, hasta Solana, pasando por Goya. Inútil tratar de explicarlo así.

Este es otro carnaval, porque éste es también otro mundo. Mar adentro, frente a Bahía, frente a Recife, frente a Santos, se ha declarado la guerra, una guerra pequeña, cuya sangre —negra tinta de imprenta— tiñe a lo ancho todos los periódicos: la «guerra de la langosta». El «Tartu» —de la marina francesa— merodea por allí; «nuestras fuerzas están dispuestas», amenaza un ministro brasileño. Y un periodista de buen humor grita a De Gaulle desde su sección: «No sea usted gourmand, mi general». Mientras tanto, en Río,

CARNAVAL DE RIO

En la cálida noche brasileña, las maracas recobran el ritmo ancestral de las melodías africanas, que cruzaron el mar hace siglos bajo el látigo de los mercaderes de esclavos.

EL CARNAVAL DE RIO



Desde los cafetales, las selvas, los algodones; desde las cuatro esquinas del «país del futuro», se han volcado sobre Río, los indios, los mulatos, los negros que arrancan a diario, en rudo esfuerzo, las riquezas de estas tierras pródigas. Aquí están con sus folklóricas indumentarias y su mirada taciturna. La belleza se ha hecho negra. Y el gusto y la elegancia... Belleza, gusto y elegancia, serenos, en calma, no contagiados todavía por el frenesí del carnaval.



El tiempo, a pesar de su excesivo rigor, no llega a deslucir el carnaval brasileño. Pero le añade un nuevo elemento, el negro paraguas, que destaca, por contraste, con el multicolor disfraz de los protagonistas de la fiesta.

Kirk Douglas y la porteña Amelia Bence, cultivan sus «Public Relations». Y en las «boites» elegantes se baila la «Bossa Nova», la samba vestida a la moda de 1963. Y Joao Goulart, presidente «presidencialista» por la gracia del voto, tal vez medita en su despacho sobre la inasequible solución del problema del café y de sus mercados, o del algodón, o del maíz, o del cacao.

Pero hoy es domingo y ha estallado el carnaval. Primero son mil torrentes que descienden turbulenta-mente desde los barrios negros. Después, un gran río que se serena al avistar las asépticas zonas urbanas. Al anochecer es una marea creciente que se adueña de todo, y en agitado oleaje golpea y destruye cuanto de recogido, de grave de friamente racional encuentra a su paso. Se desenfrenan los ritmos que vienen del otro lado del mar, de la lejana An- **SIGUE**



La lluvia no ha
podido vencer
al carnaval.
Desafiantes, los
vestidos de época,
las pelucas,
los abanicos,
parecen evocar,
sobre las
turbulentas calles
de una ciudad
cortada a la
última moda
urbanística, los
lejanos
tiempos del
trasplante de una
raza.
Pero su parodia
carece de
resentimiento.
Es sólo un juego
delicioso.

EL CARNAVAL DE RIO



Carnaval en Río. Es la hora en que la realidad se difumina, permitiendo que se instale, sobre el asfalto caliente, la gran fiesta de los sentidos, el canto

Madrugada con sol en Río. La danza prosigue frenética. Son cuatro días alucinantes, sin tregua, sin descanso.



gola, a través de los siglos. Se desboca la sensualidad, se inaugura la fiesta de los sentidos, se libera sin timidez una vitalidad desbordante, once meses cercada, se abren las compuertas de la cívica rigidez formalista y se proclama el efímero reinado de la danza, el color, las maracas, el nostálgico disfraz, los bidones de las refinerías transformados en «bongós», entrechocando en alucinante torbellino. En tremenda ecuación, primitivismo y modernidad, ritmos ancestrales y rascacielos, lujosos trajes y pies desnudos, miseria y alegría, componen un frenético turbión que rueda sobre el asfalto hasta el agotamiento.

Y van naciendo del corazón mismo de la multitud canciones que, improvisadas ahora, encontrarán Tuego, bajo la norma profesional, los canales de la popularidad y el éxito universales.



multitudinario a una ilusoria libertad.

Carnaval en Río. Sin accésit final, sin pedagógicas conclusiones, sin la violencia ni la burla cruel de las tierras áridas y duras. Carnaval del trópico, que irrumpe desde el cafetal, desde los algodones, desde las selvas, alzando sobre una realidad terrible la ilusoria bandera de una libertad idealizada, mistificada en el grito, el ritmo desatado, la costumbre rota. Carnaval en Río... con drama final: cincuenta y ocho muertos, dos mil heridos, mil quinientos detenidos. Un trágico límite que devuelve al mundo verdadero a los protagonistas de la farsa, camina ya, al cuarto día, de las plantaciones, las cabañas, la jungla, a tocar nuevamente el universo material, tal como es. Y a pensar, quizá, una vez más, en la fantástica liberación del año próximo.

EDUARDO G. RICO



El final está cercano. Ya se ha descubierto, bajo la máscara, la tristeza del negro, el cansancio, la estéril marca de una libertad efímera. Y ahora, otra vez a soñar con la fiesta del año próximo. La rueda de la dura vida cotidiana sigue girando.